ISSN — 0716 — 7881

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

1992

FILOSOFIA JURIDICA CHILENA. SIGLOS XVI AL XVIII

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL / Nº 10 / 1992

SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

ANUARIO DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL

Editor:
Agustín Squella

Asistentes del Editor:
Aldo Valle y Joaquín García-Huidobro

Comité Consultivo:
Albert Calsamiglia (Barcelona), Elías Díaz (Madrid), Enrico Pattaro (Bologna), Miguel Reale (Sao Paulo), y Rolando Tamayo (Ciudad de México).

Consejo Editorial:
Antonio Bascuñán, Enrique Barros, José Joaquín Brunner, Humberto Giannini, Alfonso Gómez-Lobo, Jorge Iván Hubner, Máximo Pacheco y Eugenio Velasco.

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

1992

SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL.
ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL Nº 10
1 9 9 2

Esta obra ha sido impresa con la colaboración de las Facultades y Escuelas de Derecho de la Universidad Católica de Valparaíso, Universidad Católica del Norte, Universidad Católica de la Santísima Concepción, Universidad de Valparaíso, Universidad de Concepción, Universidad Adolfo Ibáñez, Universidad Diego Portales, Universidad Andrés Bello, Universidad La República, Universidad Finis Terrae y Universidad de Talca.

©

Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social
Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual
bajo el número 88.153.

ISSN — 0716 — 7881

Diseño gráfico: Allan Browne Escobar.

Impreso en EDEVAL,
Errázuriz 2120 - Valparaíso.

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

1992

FILOSOFIA JURIDICA CHILENA. SIGLOS XVI AL XVIII

SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

DIRECTORIO

(1991 - 1993)

Antonio Bascuñán Valdés, Jorge Correa Sutil, Andrés Cuneo Macchiavello, Jesús Escandón Alomar, Fernando Quintana Bravo, Nelson Reyes Soto, Agustín Squella Narducci, Juan Enrique Serra H. y Hugo Tagle Martínez.

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social tiene su domicilio en la ciudad de Valparaíso. La correspondencia puede ser dirigida a la Casilla 211-V, Valparaíso.

PRESENTACION

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social presenta su *Anuario de Filosofía Jurídica y Social* Nº 10, correspondiente al año 1992.

Como se sabe, nuestra Sociedad opera en Chile desde el año 1981 como sección nacional de la Asociación Internacional de Filosofía del Derecho y Filosofía Social, que data, por su parte, de 1906.

El primer número del *Anuario de Filosofía Jurídica y Social* apareció en 1983 y desde entonces ha continuado editándose y publicándose en forma ininterrumpida, gracias, sobre todo, a las distintas Facultades de Derecho del país que nos colaboran para tal efecto.

En su parte principal, el presente Anuario reproduce una antología de filosofía jurídica chilena de los siglos XVI, XVII y XVIII, preparada por Manuel Manson, y que corresponde a una línea de investigación seguida por éste de la que nuestra publicación ha dado cuenta, respecto del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, en otros de sus números anteriores a éste.

El lector encontrará también, en nuestra tradicional sección de *Estudios,* diversos ensayos de interés. Otras secciones, con materiales diversos, completan un volumen que ponemos al alcance de nuestros socios, estudiantes, especialistas y público interesado.

Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social
Agosto de 1993

ESTUDIOS

CIEN AÑOS DE SOCIALISMO FABIANO

FELIX JOSE AGUIRRE *

En 1984 aparece la última entrega de *Ensayos Fabianos Sobre Pensamiento Socialista,* que hasta ahora conocemos. La edición, a cargo de Ben Pimlott, miembro de la Sociedad Fabiana y profesor de Ciencia Política en el Birbeck College de Londres ([1]), se inscribe en la celebración de los cien años de existencia de la Sociedad Fabiana y en ese esfuerzo constante en la aportación de sugerencias nuevas a la dilatada experiencia de la izquierda europea durante el presente siglo. Se trata, en definitiva, de un ejemplo más de ese carácter peculiar que el fabianismo imprime en su reflexión sobre la compleja relación entre el individuo y la sociedad en toda su riqueza referencial, que nos recuerda el eclecticismo estimulante de los *Fabian Essays in Socialism* de 1889 y el empirismo práctico con el que Richard Crossman resume el espíritu que reúne a los ensayistas de los *New Fabian Essays* de 1952 ([2]).

---

* Profesor de Historia de las Ideas y Formas Políticas, de la Universidad Complutense de Madrid.

1. B. Pimlott (ed.): *Fabian Essays in Socialist Thought* (London, 1984); traducción española en la editorial del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (Madrid, 1988).

2. G. B. Shaw (ed.): *Fabian Essays in Socialism* (London, 1889); traducción española en la editorial del M. del Trabajo y S. Social (Madrid, 1985); R. Grossman: *New Fabian Essays* (London, 1952).

El profesor Pimlott, en la introducción de los *Ensayos,* rememora aquella primera declaración fabiana que pregona la reorganización de la sociedad *emancipando la tierra y el capital industrial de la propiedad individual y de clase, confiriéndolos a la comunidad para el beneficio general,* y que insistía en el poder que confieren las ideas en el terreno de la cultura y las decisiones políticas, así como en la necesidad de lograr los fines que el fabianismo proponía *permeando* la sociedad, esto es, mediante la *diseminación general del conocimiento* en todos aquellos aspectos que implican al individuo y a la sociedad, desde un punto de vista económico, ético o político. Pero, una vez enunciada lo que no es sino una declaración formal, que la Sociedad Fabiana se nutrió de *Socialistas* —como se reconocían sus fundadores— y continúa siendo un foro al que acuden socialistas y en el que se vierten opiniones socialistas —tal como afirman sus seguidores en nuestros días—, conviene aclarar lo que el lector jamás encontrará en el contenido de estos *Ensayos:* ninguna vertebración ideológica, ningún principio doctrinal característico que ayude a entender de forma integral y sin matices en qué consiste ser fabiano. Cada ensayo recoge opiniones diversas y encontradas, sobre las que no ha habido intención alguna de imponer una visión unilateral, esto es, para utilizar una de las sentencias favoritas de G. B. Shaw, sin que se exija un *sacrificio de la individualidad* a la hora de interpretar lo que ha de ser el socialismo fabiano, de manera que cada ensayista expone una opinión enteramente independiente.

Si parece un esfuerzo estéril tratar de insinuar un *corpus* teórico compartido que ponga límites a lo que deba ser el fabianismo, esto no significa que no podamos adelantar un primer objetivo interiorizado por la Sociedad desde sus primeras reuniones. De la misma manera que el primer manifiesto fabiano recomendaba *hacer pensar a las personas de manera socialista, antes que hacer socialistas,* también está en el ánimo de los fabianos contemporáneos enfatizar la importancia que esta labor docente adquiere en el debate sobre la renovación del mensaje socialista de nuestros días, abriendo nuevos horizontes de discusión e investigación sobre el futuro del Socialismo Democrático.

I

"Nos habíamos propuesto, con un coraje considerable, reformar la sociedad y confesábamos con franqueza que no sabíamos cómo hacerlo".

De esta manera describe E. Pease en su *Historia de la Sociedad Fabiana* las intenciones y los anhelos de sus fundadores en 1884 ([3]), un puñado de jóvenes que se reunían en las habitaciones de Pease, en la calle Osnabugh de Londres, que sintieron la necesidad de crear una organización para ayudar a reconstruir la sociedad sobre una moral más aceptable que la impuesta por un capitalismo victoriano que comenzaba a dar muestras de agotamiento. Este primer grupo resume acertadamente el clima de opinión existente en los círculos Radicales y Socialistas que aparecen en la escena política británica durante el último tercio del siglo pasado: novicios en lo que a la política se refiere, profundamente insatisfechos con las actitudes materialistas predominantes en su sociedad y recelosos de que las invenciones de su mundo no se usaran en beneficio de la mayoría, sino en el enriquecimiento de unos pocos, estos jóvenes buscaban afanosamente un liderazgo espiritual. Durante los años de 1870 algunos de ellos eligieron al *príncipe del socialismo,* William *Morris,* precursor de la Federación Social Demócrata; otros a Karl Marx; algunos siguieron las enseñanzas del economista norteamericano Henry George, creyendo que la implementación de un único impuesto general que gravara la renta de la tierra se convertiría en la panacea de todas las injusticias sociales; por fin, unos pocos, se sintieron atraídos por las opiniones y el estilo de vida de Thomas Davidson, el *sabio errante* ([4]) que volvió de América para predicar que el hombre debía reformarse primero antes de intentar reconstruir el mundo en el que vivía. Después de todo, hasta las pequeñas reformas que provocó el *Movimiento de Oxford* se llevan a cabo en el

---

3. E. Peace: *History of the Fabian Society* (London, 1963), p. 40, cit. por P. Pugh, *Educate Agitate Organize 100 years of Fabian Socialism* (London, 1984), p. 1.

4. N. y J. Mackenzie: *The First Fabians* (London, 1977), pp. 30-45.

seno de la Iglesia oficial, y para la mayoría de los jóvenes de los años de 1880 las controversias litúrgicas eran más propias de la generación de sus mayores. La teoría de la evolución de Darwin había minado el paternalismo tradicional, alimentando el derecho del ciudadano a esperar una constante mejora en sus condiciones materiales. La interpretación comteana de la nueva sociedad orgánica complementaba este optimismo. Bastaba con identificar aquellas esferas económicas y políticas que posibilitaban una mejora radical, confiando a los nuevos *socerdotes del progreso* el timón de los grandes cambios... Y la Sociedad Fabiana fue fundada para dar respuesta no sólo a los desafíos morales que la revolución de las ideas había impuesto, sino también para proponer soluciones prácticas a los males sociales y económicos del momento.

Durante el otoño de 1883 Thomas Davidson fundaba en Londres una *hermandad* de empleados y obreros —en realidad muy pocos lo eran— que él mismo llamó *Hermandad de la Nueva Vida.* De acuerdo con su primera declaración programática, la hermandad se constituía como un movimiento idealista dedicado a la *educación de un carácter perfecto en todos y en cada uno* de sus miembros, así como a la *reconstrucción de la sociedad de acuerdo con los más altos principios morales.* Junto con Davidson redactan este primer manifiesto Percival Chubb, discípulo y hombre de confianza del fundador, E. Pease y F. Podmore. Estos dos últimos son fundamentales, porque ya desde el principio discrepaban tanto de los fines *evangelizadores* de la asociación como, incluso, del nombre elegido por su ideólogo. Sus encendidas reivindicaciones no encontraron acogida en los constantes llamados a la moderación que P. Chubb les reclamaba, una y otra vez, en el transcurso de las interminables reuniones. El lugarteniente de Davidson veía en ellos unos *peligrosos agitadores de ideas socialistas,* que malgastaban su espiritualidad más pura persiguiendo satisfacciones éticas demasiado mundanas.

Pease, Podmore y Hubert Bland, casi inmediatamente, formaron una corriente crítica dentro de la New Life que nunca pretendió su fraccionamiento, pero que, de hecho, frustraba el primer compromiso de la hermandad: la formación de ese carácter *perfecto* no parecía comulgar bien con el apasionamiento de estos jóvenes socialistas. Las corrientes serían desde entonces irreconciliables. Los tres

advenedizos aseguraban en una nueva proclama que el sistema competitivo sólo garantizaba el bienestar de unos pocos a expensas de la mayoría, de forma que la sociedad debía ser construida de manera que asegurara el bienestar de la comunidad y la felicidad de todos sus miembros.

Todo estaba listo para que durante la reunión del 4 de enero de 1884, convocada por Podmore, se adoptaran las resoluciones precisas para alumbrar una nueva Sociedad

El único requisito exigido por los *críticos* a los nuevos miembros, era su ayuda, fáctica o moral; para reconstruir la sociedad, acudiendo para ello a debates regulares y participando en reuniones de otras organizaciones donde añadir sus propias opiniones. Además, la Sociedad debía procurar obtener información de todos los movimientos políticos contemporáneos y de las necesidades sociales que acuciaban a la población. Para ello, acordaron darse un nuevo nombre capaz de condensar todas estas vagas intenciones. La nuevo denominación, propuesta por Podmore, fue —no podía ser de otra forma— igualmente vaga y oscura: *la Sociedad Fabiana,* en honor del general y dictador romano Fabio, cuyas tácticas contra Aníbal despertaban la admiración de Podmore por ser *precavidas y correctas.*

En la primavera de 1884, aparecía en un periódico londinense *(To Day),* en forma de folletín dominical para el entretenimiento, la primera obra publicada de G. B. Shaw: *An Unsocial Socialist,* que en realidad era su quinta novela, llegando por fin al gran público después de trasladarse a Londres en 1876 y tras varios intentos vanos por imprimir una obra que comenzaba a ser ya de gran importancia literaria. Durante ese mismo mes de mayo, Shaw fue reclutado para la Sociedad por su amigo H. Bland en las oficinas del *Christian Socialist.* El día siguiente del encuentro, Bland le envió una copia de la conferencia *Why are the many poor?* (5), invitándole a participar en una de las charlas junto al resto de la Sociedad.

Rápidamente, el encanto de Shaw y su brillantez intelectual

---

5. W. L. Phillips, a la sazón, fabiano y pintor de brocha gorda, aparece en todas las Historias y trabajos generales sobre la Sociedad Fabiana como autor del primer *Fabian Tract, Why are The Many Poor?* (1984).

cautivaron al grupo, pronunciando su primer discurso formal ese mismo 16 de mayo, entregando a la Sociedad 17 *propuestas* que los que allí estaban acordaron debían ser publicadas con el título de *Manifiesto*. Entre estas proposiciones, debemos destacar algunas que hoy nos sorprenden tanto por su fuerza como por su ingenuidad: que la riqueza no puede ser disfrutada sin deshonor o soportada sin miseria; *que la propiedad privada ha dividido la sociedad en clases hostiles,* con grandes apetitos sin comida en un extremo de la mesa y con grandes manjares sin apetito alguno en el otro extremo; *que la competición tiene el efecto de proporcionar la adulteración de la sociedad,* de convertirse en deshonestidad abocando a la deshumanización y *sus efectos sólo pueden ser enmendados si el mismo Estado se convierte en productor; que el propio Estado debería competir con los padres,* proporcionando hogares felices y protegiendo a los niños de la crueldad de muchos de sus guardianes naturales; en fin, *que los sexos deberían tener los mismos derechos,* ya que los hombres no necesitarán nunca más de privilegios políticos para protegerse de las mujeres. Propuestas, en definitiva, que incluso hicieron sentir una cierta incomodidad al propio Pease —recuérdese, uno de aquellos *peligrosos jóvenes socialistas* de los que hablaba Chubb—, porque coqueteaban con la puesta en práctica de métodos de acción política claramente inconstitucionales. Aquel primer manifiesto acababa de la siguiente manera: *preferimos hacer frente a una guerra civil que soportar otro siglo de sufrimiento como éste.* Con algo más de mil palabras, Shaw había dado impulso a un nuevo movimiento de renovación, *el más elegante,* de todos los del panorama socialista del momento. Shaw, que militaba hasta entonces en la Federación Socialdemócrata, entró a formar parte de la Sociedad Fabiana, convirtiéndose en su prócer intelectual más destacado.

La incorporación de Shaw se produce casi al mismo tiempo que la de Sidney Webb, quien todavía sostenía a principios de los años de 1880 que la única mejora social posible era la promoción de una nueva moral más solidaria, y cuya actividad política no difería mucho de la del Radicalismo londinense en el que había sido educado. En agosto de 1883 su amigo Shaw, con quien había coincidido en la *Zetetical Society,* le convenció para entrar a formar parte de la *Land Reform Union,* pese a que nunca defendió una completa nacionalización de la tierra. Dos años después, también de la

mano de Shaw, entraba a formar parte de la Sociedad Fabiana, no sin aclarar que, como él mismo decía, "soy, y siento decirlo, un escéptico en lo que se refiere a la posibilidad de alcanzar un socialismo de Estado". Añadía ser un sincero ortodoxo en política económica y estar muy impresionado por el magisterio positivista de A. Comte, a quien había estudiado en los trabajos de H. Spencer, y en el evolucionismo de Darwin que impregnaba los textos de T. Huxley. Esta admiración por el Positivismo y la nueva ciencia, que Webb compartía con su compañero en la Oficina Colonial, Sydney Olivier, será transmitida por ambos a toda la Sociedad. Por el momento, el Positivismo era un consuelo para todos estos jóvenes desilusionados y escépticos, porque, no en vano —como decía Huxley—, era un nuevo *catolicismo sin cristiandad.*

En 1889 la Sociedad es ampliamente conocida por la opinión pública y ha cuadruplicado el número de su miembros. El aparato de propaganda con el que el fabianismo se dispone a *permear* la sociedad, comienza lentamente a dar sus primeros frutos. Para entonces, ya se han publicado los diez primeros *Fabian Tracts,* que, en pocas palabras y con una fácil lectura, promocionan la idea del socialismo tomando como pretexto los problemas cotidianos a los que se enfrenta la administración y el análisis de las decisiones políticas de los reformadores. Además, la *vieja guardia* de los fundadores decide imprimir una serie de conferencias que, con el título de *Fabian* Essays in Socialism, más que una auténtica obra colectiva, no son sino seis interpretaciones diferentes del Socialismo Fabiano. Junto a F. Podmore y E. Pease, ocupados en las tareas burocráticas que exige el crecimiento de la Sociedad, dan forma a este primer fabianismo los seis *ensayistas:* Bernard Shaw redacta las bases del socialismo *económico;* Sidney Webb, el *histórico;* William Clarke, el *industrial;* Sydney Olivier aporta las bases del socialismo *moral;* y a Annie Besant se le encarga un ensayo sobre *la actividad económica del socialismo,* que, junto al trabajo de Hubert Bland sobre *la propiedad bajo el socialismo,* componen la versión original de los *Fabian Essays.* Entre 1889 y 1903, la Sociedad recibe en su casa de Cornwall Gardens, en el lujoso barrio londinense de Kensington, a algunos de sus más ilustres acólitos: Beatrice Potter —más tarde B. Webb—, pese a su juventud con una vasta experiencia como trabajadora social en

el momento que toma contacto con la Sociedad, y coautora, junto con su esposo Sidney, del estudio más completo sobre el sindicalismo británico ([6]); Ramsay McDonald, líder del laborismo durante los años de 1930; Walter Crane, E. Pankhurst...; y, por supuesto, H. G. Wells, quien echando mano de ese humor corrosivo que le caracterizaba no dudó en aconsejar a sus colegas fabianos un cambio de nombre: la Sociedad debería llamarse *Escipión,* el que realmente logró derrotar a los cartagineses...

La ironía y el humor no estaban presentes solamente en la cómoda privacidad de las habitaciones donde los fabianos se entregan al debate de las teorías más en boga. Un artículo del *Morning Post* de 1886, les ridiculizaba por celebrar sus reuniones, no en las oscuras y mugrientas salas donde se podía esperar encontrar una célula de socialistas *peligrosos,* sino en la opulenta casa de uno de sus miembros. Llegaban, después de cenar, en sus propios coches y entregaban sus abrigos y sombreros a un mayordomo en librea antes de tomar un refrigerio en un estante de la planta baja. Era el momento, por fin, de subir a una habitación lujosamente amueblada para escuchar una conferencia sobre planes de ayuda para los desempleados ([7]). Se ha dicho que la Sociedad Fabiana fue, en realidad, lo que sus miembros eran. En cierto sentido así fue. Cada uno, a su manera, persiguió una verdad que pasaba por remediar las injusticias, aprovechando las oportunidades que ofrecía el propio sistema democrático —asediando las instituciones, como Fabio a su enemigo—, y volcando las vicisitudes de su devenir vital en la fraternidad y en la confrontación con sus amigos fabianos. Importaba muy poco que estuvieran decididamente interesados en el socialismo, pese a que, como ellos confesaban, no sabían muy bien lo que significaba.

II

"Si se me pregunta qué sistema de filosofía política vino a sustituir al que, como filosofía había abandonado, responderé que *ningún sistema:* sólo la convicción de que el sistema verdadero era

6. Sidney y Beatrice Webb: *The History of Trade Unionism* (London, 1894).

7. *Morning Post,* 14 march 1886, cit. por P. Pugh, op. cit., p. 9.

algo mucho más complejo y polifacético de lo que yo nunca había imaginado, y que su función no era proporcionar una serie de instituciones modélicas, sino principios de los que podían deducirse aquellas instituciones que resultara apropiadas en una circunstancia dada". (J. St. Mill, *Autobiografía)*

Podemos resumir brevemente algunas de las influencias intelectuales que convergen en este fabianismo incipiente. El profesor A. M. McBriar, autor de uno de los trabajos más completos sobre los orígenes históricos y doctrinales del Socialismo Fabiano ([8]), sostiene que el fabianismo es heredado de dos corrientes de pensamiento: de un lado, la Tradición Liberal inglesa, que recala en el fabianismo teniendo a John Stuart Mill como ilustre intermediario y al radicalismo londinense de los ochenta como correa de transmisión de un Colectivismo con un poderoso influjo positivista francés; por otro, y siguiendo siempre la tesis de McBriar, la única razón por la cual los fabianos podían reconocerse como parte del movimiento socialista, rechazando ser la expresión política de la izquierda Radical: el marxismo. Si bien nadie niega la presencia del Liberalismo en el bagaje intelectual fabiano, por lo que al influjo del marxismo se refiere la cuestión se torna más problemática. Hay, desde luego, muchas coincidencias entre los primeros fabianos y la Democratic Federation (Social Democratic Federation a partir de 1884), fundada en 1881 y formalmente adscrita al programa marxista desde 1883. Nombres muy conocidos de la SDF, como J. L. Joynes y H. H. Champion, aparecen en las primeras listas de miembros de la Sociedad Fabiana, además de H. Bland y, durante un tiempo muy breve, el propio G. B. Shaw. Y es indudable que el contenido de los primeros *Fabian Tracts* está salpicado de un inconfundible tono mitinero —propio de una época de resurgimiento doctrinal— que se diferencia muy poco de las arengas habituales que los militantes de la Federación podían leer en *Justice,* su periódico. Pero, la historia posterior del Laborismo, en la que los fabianos tuvieron una responsabilidad mucho más consciente, parece dar la razón a los que

8. A. M. McBriar: *Fabian Socialism and English Politics, 1884-1914* (Cambridge, 1966).

aseguran que el socialismo inglés no tiene deuda alguna con otra tradición distinta a la de Robert Owen y los Reformistas ([9]). Por nuestra parte, sólo añadiremos que no es cierto, como muchos marxistas han insinuado, que los fabianos no conocieran a Marx. En el hogar de uno de sus anfitriones, Charlotte Wilson, se leía *El Capital,* "página por página", y, durante algún tiempo, los invitados a la casa de Hampstead bautizaron sus reuniones con el nombre de *Karl Marx Club,* y más tarde con el de *Hampstead Historic Society* ([10]). Muy probablemente también en esas reuniones quincenales los fabianos leyeron con detenimiento la *New Theory* de Jevons, un texto por el que sentían una sincera veneración, por el que se iniciaron en el entramado de la economía política clásica, y, aún más trascendente, que solían preferir al de Marx para alcanzar a entender en dónde residía la auténtica raíz de la desigualdad. Para disgusto de algunos, simplemente, el fabianismo nunca estuvo de acuerdo con Marx.

Uno de los intelectuales más brillantes del fabianismo contemporáneo, R. H. Tawney, se refirió una vez a J. St. Mill como *el último y el más grande de los pensadores liberales* ([11]). Pero, si este reconocimiento sincero significa que Mill representaría la quinta esencia o el clímax de la doctrina Liberal, no es en absoluto cierto. El lugar reservado a *On Liberty* en el Pritaneo de la Historia de las Ideas, proyecta una sombra del arquetipo liberal-individualista que eclipsa cualquier intento de resituar a Mill en su contexto, obviando las ambigüedades y aciertos propios de un pensamiento de transición, desde un rígido individualismo hacia un colectivismo moderado, que puede ser entendido, bien en el contexto del *New Radicalism* liberal de fines del XIX, bien en el germen ideológico que conforman los antecedentes intelectuales del Socialismo democrático ([12]). De un Socialismo entendido más como una apuesta moral, que como insinuaciones contingentes que, a la postre, justificarán un programa de reformas económicas. Como intelectual insatisfecho con el mundo, "tal y como es", y comprometido con su "reforma radical", no tuvo reparo alguno en considerar a este socialismo como una de esas íntimas convicciones que reposan en la región de los "últimos fines" y que constituyen "los más altos ideales realizables en la vida humana". Pero, como hombre de acción que sabe distinguir y apreciar "lo que es útil de una manera inmediata y prácticamente alcanzable", no pudo evitar denunciar las inconsistencias y peligros del socialismo pregonado por sus coetáneos ([13]).

Si el principio de *la mayor felicidad* indica, en sí mismo, cuál debe ser el propósito que cada individuo debe seguir, ¿qué cristalización política práctica debe esperarse?, ¿qué forma de gobierno asegura esa mayor felicidad?; ¿implica ese mismo principio un crecimiento progresivo y *gradual* de la intervención estatal? Si así fuera, ¿dónde establecer los límites a esa injerencia, haciéndola compatible con el mantenimiento de la libertad individual que tan enconadamente defendió? Su aportación, a veces ambivalente, bosqueja un cuadro impresionista en el que se dibujan las ideas que, con el tiempo, llegaron a ser dominantes en lo referido a los límites de esta supervisión gubernamental. De alguna manera, Mill modera la discusión sobre estos temas durante la etapa que ve nacer al Socialismo Fabiano.

El propósito de Mill, como es bien sabido, consistió en elaborar una teoría de lo social en la que confluyeran la idea de *Comunidad moral* y las ventajas de la libertad personal, de tal forma que la libertad intelectual fuera algo más que una mera promoción de lo mejor que había en el hombre, y añadiendo para ello un sentido de la comunidad, de lo público, que reseñara la importancia de subordinar las necesidades de lo privado cuando el interés general había de prevalecer. Un interés por lo público que persiguió a Mill

---

9. Por ejemplo, C. R. Attlee, The Labour Party in Perspective (London, 1937); W. Wolfe: *From Radicalism to Socialism. Men and Ideas in the Formation of Fabian Socialist Doctrines, 1884-1889* (New Haven and London, 1974).

10. N. y J. Mackenzie: *Firt Fabians,* op. cit., pp. 45-56.

11. "The last and Then greatest of Liberal Thinkers", en R. H. Tawney, *The Acquisitive Society* (London, 1921/1943), p. 102.

12. W. Wolfe: *From Radicalism to Socialism...,* op. cit., p. 32.

13. El entrecomillado pertenece al propio J. St. Mill: *Autobiography* (London, 1874); traducción española en Alianza Editorial (Madrid, 1986), p. 186.

durante la última etapa de su vida, recreando en su obra la enorme influencia que en su educación tuvo los *Studia humanitatis,* en los que descubrió, por Aristóteles, el auténtico sentido que tiene la idea de comunidad, el indudable ejemplo de virtud civil que aprendió de Sócrates, así como la pasión por la regeneración social que alentó en él la prosa arrebatadora de los diálogos platónicos. El resultado de todo ello fue la firme creencia que siempre tuvo Mill en que *el Estado existe idealmente, como una gran escuela de educación moral.* Y efectivamente, esto, en algún momento, pretendió ser la vieja Atenas de Pericles.

Una idea de Estado como elemento moralizador de la sociedad que el fabianismo incorpora muy pronto a sus presupuestos doctrinales. Mill nunca vaciló en otorgar este protagonismo educador al Estado, a través del fomento de la educación de ciudadanos activos e inteligentes, indispensables para el buen gobierno. Y este énfasis en la discusión fue, en un plano mucho más modesto, lo que los fabianos trataron de inculcar en la vetusta sociedad victoriana, buscando, primero, la captación espontánea de las gentes y, después, mediante el asedio a las instituciones, un uso de la opinión pública que sirviera de instrumento para la deseada regeneración moral. Un control de la opinión pública que, junto a la propia evolución de Mill hacia posturas cada vez más socialistas, caló decisivamente en la ideología del *New Radicalism* de los años 70 y 80. Los Radicales descubrieron que leyendo a Mill se abría una posibilidad de *revolución* social y de ahí la necesidad de anticiparse a ella adoptando serias medidas de reforma social. Aunque los puntos principales del programa Radical (Free Land, Free Schools, Free Labour and Free Churches) no fueron defendidos por los nuevos socialistas (socialdemócratas y fabianos), no cabe duda que ayudaron a promocionar las ideas socialistas durante los 80, al crear un clima de opinión mucho más favorable al colectivismo y a la idea de una más que probable iniciativa económica gubernamental.

Uno de los filones ideológicos del fabianismo menos conocido proviene del otro lado del Atlántico. El economista norteamericano Henry George logró una enorme popularidad tras la publicación de su primera gran obra, *Progreso y Miseria* (1879). La tesis de George es bien conocida; a medida que avanza la civilización las diferencias entre ricos y pobres se acrecientan, de modo que el aumento progresivo de la renta de la tierra se traducía en la disminución paralela del salario del obrero, porque —sostenía George— los beneficios que genera la comunidad y el perfeccionamiento tecnológico son monopolizados por el propietario del suelo, mientras el aumento de la población hace de la mano de obra un bien cada vez más barato. La solución era ingenuamente sencilla: la consolidación de un impuesto que confisque la renta de la propiedad inmueble (el famoso *simple tax).* George, se permitió incluso probar fortuna en las elecciones para alcalde de Nueva York en 1889 y, obviamente, no fue elegido. Sin embargo, sus tesis recorrieron medio mundo, fundando asociaciones agraristas, que desaparecían casi al mismo tiempo que se creaban, y convenciendo a muchos de la necesidad de poner límites a este aumento desmesurado de la renta de la tierra. *Treinta mil hombres tienen poder legal para expulsar toda la población de las 5/6 partes de las Islas Británicas, y la mayor parte del pueblo británico no tiene otro derecho a su país natal que el de pasearse por las calles o transitar por los caminos (Progreso y Miseria).* Algo muy parecido debió decir George al auditorio que le prestaba atención en la sede de la New Life, allá por 1884. Entre los presentes ese día estaba G. B. Shaw, quien más tarde reconoció lo profundamente impresionado que quedó al escucharle. El Fabianismo quiso convertir el *simple tax* en una especie de impuesto sobre la renta que resolviera el intrincado problema de la desigualdad. La renta era para ellos un *peaje injustificado* con el que el propietario estrangulaba a la comunidad. Una idea que, por otro lado, también está implícita en la *New Theory* de Jevons.

Por último, la tercera gran influencia ha sido ya mencionada al hablar de la simpatía que Webb demostraba por el positivismo. El nuevo *catolicismo sin cristiandad,* estaba lejos de perseguir la creación de un cuerpo de conocimiento social cuya cabeza rectora fueran nuevos paladines al servicio de esta sabiduría del progreso. Pero, no cabe duda que el socialismo al que aludían estos jóvenes tenía un poderoso acento religioso y moral. Y esta acción de *moralizar* a los capitalistas mediante el poder de una opinión pública que removiera los entresijos del Estado y le obligaran a intervenir, se acercaba mucho a la idea de educación pública que defendían los positivistas. Además, tenía la ventaja añadida de aplazar cualquier intento de reforma radical contra la propiedad mientras esta labor de conven-

cimiento moral no hubiera finalizado. Conscientes de las contradicciones de la sociedad victoriana, creían que ésta podría hacerse más eficiente y moralmente aceptable si se convencía a los capitalistas de la necesidad de cambiar su mentalidad. Esta y no otra era la fe de los positivistas en la nueva civilización, y éste era también el anhelo de los fabianos.

Una sociedad victoriana que ya en el albor del siglo XX ha dado muestras de agotamiento y de crisis moral, pero cuyos signos de abandono del optimismo de la primera mitad del siglo anterior son ya muy evidentes antes de 1900. Como es bien sabido, Gran Bretaña logró mantener su hegemonía en las dos grandes ramas industriales (metalúrgica y textil) hasta el último tercio del siglo XIX. Sin embargo, tras la gran deflación de 1873, comienza un proceso vertiginoso de desaceleración del crecimiento económico que, precisamente, coincide con la recuperación de la industria europea continental y norteamericana. La caída de la oferta de dinero provocó la crisis inversionista, con la consiguiente bajada de precios entre 1873-1896, sobrevino cuando el Reino Unido ha agotado sus posibilidades de crecimiento industrial, pese a continuar dominando los mercados internacionales, y cuando va a ser relevada en su liderazgo por la gran Alemania unificada y por la competencia de la maquinaria norteamericana y los textiles de Japón y la India. Baste decir, que en el terreno estrictamente laboral los obreros no cualificados sufrieron muy pronto las consecuencias derivadas de la aparición del desempleo a partir de 1873, repitiéndose, de esta forma, los ciclos críticos de 1837 y 1843 que conciden con la aparición de los movimientos *cartistas*.

En definitiva, unos signos pesimistas que pueden rastrearse ya desde mediados de siglo, tanto en la economía, como en la filosofía y en la literatura. Las comedias de G. B. Shaw, pueden ser una excelente excusa para componer un cuadro del tomo vital de una sociedad que, inevitablemente, tenía que cambiar.

Como los fabianos solían afirmar con frecuencia, el socialismo británico estaba fundamentado sobre una roca de triple carácter, histórico, ético y económico. Sin duda, ellos eran el pilar ético, aunque nunca renunciaron a hacer historia o a intervenir en la economía. Quizá por este motivo, resulta mucho más sencillo describir qué hicieron los fabianos en vez de averiguar en qué consistían realmente sus ideologías. En muchas ocasiones, trataron de justificar lo que para ellos era el socialismo y en otras tantas acabaron por reconocer que el socialismo británico aún no estaba lo suficientemente maduro para ser clasificado y distinguido del resto del movimiento socialista. Creían sinceramente en *la misión civilizadora de la clase media,* y a pesar de su preocupación por el obrero, una y otra vez dudaban que los trabajadores llegaran algún día a ser los *sepultureros de la vieja sociedad victoriana*. Ellos sólo podían sugerir que ese crecimiento de la conciencia por lo social alejaría el fantasma de la lucha de clases y evitaría una revolución que encontraba fácil eco en toda la Europa socialista.

En 1989, durante la clausura del Congreso del Partido Laborista británico, cuando el abandono de la *opción unilateral* era ya un hecho y se vivía la euforia pre-electoral de un partido llamado a terminar con la hegemonía conservadora, un diario madrileño reproducía en su editorial una afirmación del líder laborista, Neil Kinnock, resaltando cuál debe ser el gran objetivo al que debe servir el socialismo contemporáneo: *una distribución del poder que haga posible un mayor control de los individuos sobre sus vidas*. Ser socialista, pensar de manera socialista, sin que ello suponga un menosprecio de la individualidad, nos hace rememorar las palabras de Shaw con las que comenzaba y reconocer con él, quizá, el futuro del socialismo ha de pasar por esta necesidad de no sacrificar la singularidad, en la medida en que tampoco el Estado pierda su capacidad moral para convencernos de ver en lo público un enemigo de esa misma individualidad.

Si se trata de recuperar el *control* sobre nuestras vidas, no cabe duda que la insistencia de los fabianos por persuadir al ciudadano para usar el poder que de hecho ya tiene, como miembro de una sociedad responsable, podría muy bien traducirse en la profundización en una *democracia radical,* que no tiene un horizonte definido, sino un presente problemático que obliga a tener instituciones más eficientes antes que a cambiarlas. En este sentido, su exigencia de un *mínimo* en la extensión de la intervención estatal que garantize la protección de los menos favorecidos y las regulaciones imprescindibles en una comunidad solidaria, junto a la *municipalización* de un servicio público que acerque el gobierno allí donde es más sensible

y necesario, dan forma a un colectivismo peculiar, que requiere de una nueva burocracia capaz de combinar una adecuada preparación técnica, indispensable para una acción política a la altura de las necesidades de una administración moderna, con la promoción de una *cultura política* que no olvide que el socialismo es, ante todo, una teoría y un modo de vida.

FUKUYAMA Y EL FIN DE LAS IDEOLOGIAS

CARLOS E. MIRANDA *

Desde hace bastante tiempo se viene anunciando el fin de las ideologías. A comienzos de la década de 1960, se suscitó un importante debate en torno a esta materia a raíz de la publicación del libro de Daniel Bell titulado precisamente *El fin de la ideología,* tema al cual el autor, sin embargo, sólo se refería con cierto detalle en el epílogo de la obra. Años más tarde, el español Gonzalo Fernández de la Mora publicó su libro *El crepúsculo de las ideologías* (1964), que también provocó bastante polémica. No obstante estas proclamaciones, quizás algo prematuras, las ideologías continuaron mostrando indudable fortaleza hasta los últimos años de la década de 1980, cuando se hizo patente la crisis global y terminal del comunismo en la Unión Soviética y en los países de Europa Oriental que formaban parte de su imperio. Esta crisis ha afectado, al parecer mortalmente, a una de las más influyentes ideologías del presente siglo, fenómeno que ha vuelto relevante la discusión del tema del fin de la ideología en general.

Cuando la mencionada crisis se hallaba aún en pleno desarrollo y nadie se aventuraba a predecir cuál sería su desenlace, apareció un ensayo teórico que, si bien aludía a los acontecimientos en curso, pretendía colocarse en un nivel analítico más abstracto, y que

* Profesor Titular e investigador de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Chile.